



Rafael Castro Hernández - Alvaro Barboza Calado

Tres culturas y el ser caribeño

Las tres culturas

Colombia, Cuba y México comparten historias similares por haber sido conquistadas por España, estar bajo su dominio colonial durante más de tres siglos y recibir los aportes étnicos del indígena, el blanco y el negro. Heredaron los vicios y errores administrativos de la corona española: los privilegios de familia, los latifundios y los rezagos de la antigua encomienda; la pugnacidad entre las nuevas castas y el advenimiento del poder militar criollo, este último aliado con el clero católico en la defensa del fuero eclesiástico, de los derechos adquiridos y del control del aparato estatal. También heredaron los valores basados en la fe cristiana, las costumbres transculturadas, la familia patriarcal, los vestuarios, los vinos y licores importados, los instrumentos de cuerdas para enriquecer la música, las danzas y los bailes de salones que se integraron a lo autóctono y a lo negroide.

Una vez lograda la independencia en Colombia y México, los nuevos mandatarios, criollos y naturales americanos, encontraron tropiezos para la consolidación de la República, específicamente en los asuntos vinculados con la población negra e indígena; esto generó conflictos y enfrentamientos bélicos: los radicales contra los conservadores. Es así que en temas como la libertad de los esclavos y la reivindicación de la población indígena, las banderas lideradas por los liberales radicales encontraron serias resistencias.

En el caso de Cuba, el enclave colonial español duró más de lo esperado (todo el siglo XIX), y esto tiene su explicación dentro de la geopolítica del orden mundial existente. La Isla Grande, por su posición

estratégica se convirtió en la base de lanzamiento para la conquista y posterior colonización, pues de allí partieron las expediciones militares acompañadas del clero; además, su escasa población indígena y el débil desarrollo cultural facilitaron el exterminio, lo que llevó a traer esclavos negros.

Por su parte, la conquista de México, liderada por Hernán Cortés, condujo a la destrucción y exterminio de los aztecas y las tribus cercanas; y en cuanto a Colombia, los muiscas facilitaron el dominio por su carácter afable y pacífico. Estas dos naciones, México y Colombia, marcharon por caminos similares, aunque distanciadas en lo político.

El continente americano durante siglos estuvo influido en las artes (pintura, escultura y música) por los motivos religiosos: esto se explica por la incuestionable dominación ejercida por el clero católico. De aquí surge la necesidad de explicar su presencia en la historia de los pueblos iberoamericanos, así como sus contradicciones sociales, los conflictos políticos y económicos generados y, en consecuencia, la influencia permanente en las artes como expresión de la ideología. Conocer la historia de los pueblos posibilita interpretar y analizar su música.

El presente ensayo describe las tres culturas y su mutua influencia en las tres naciones con los aportes de la trilogía racial del indígena, el africano y el europeo haciendo más énfasis en el Caribe de los tres países y, en nuestro caso, del Caribe colombiano, con su máxima expresión los Carnavales de Barranquilla

La presencia africana

En relación con la presencia africana, Colombia, México y Cuba comparten historias similares durante más de tres siglos y altos índices de esclavitud (aunque menor en México); los esclavos, en su mayoría, fueron atrapados en lugares ocupados por las castas occidentales como África, Senegal, Sudán, Guinea, Congo y Angola.

Los portugueses fueron los principales agentes comerciales de la trata de esclavos negros y es difícil hacer un cálculo del número de barcos, no obstante, en toda la historia es posible que superaran las 2.000 naves. Casi un millón de hombres fueron sometidos para que laboraran en las Antillas (cultivos agrícolas, especialmente de caña de azúcar) y en las regiones del continente (explotaciones mineras de oro y plata, faenas agrícolas y servidumbre). Algunos puertos como La Habana, Veracruz, San Juan, Santo Domingo, Puerto Príncipe, Cartagena y la Guaira se especializaron en este comercio; una vez en tierra, se los distribuía por grupos étnicos diversos, de tal manera que se impedía la comunicación entre ellos y se evitaba la reproducción y la formación de núcleos familiares.

Ahora bien, en relación con la cultura de los grupos esclavizados es evidente la posesión de un inmenso caudal de fantasías producto de su mundo mágico-religioso; esto es palpable en las creaciones por medio de rústicos instrumentos de percusión, que facilitaron los contactos con sus dioses y su religiosidad.

En relación con la cultura religiosa, es importante precisar que la Inquisición llegó a estas tierras cuando en Europa era severamente cuestionada por su fanatismo, intolerancia y crueldad: con ella se controló la divulgación de otras creencias y se conservó en su integridad el dogma y la fe cristianos. Los negros esclavos no escaparon a los tribunales inquisitoriales y muchos fueron condenados a castigos y a la muerte por no renunciar a sus concepciones religiosas, sin embargo, sus creencias sobrevivieron a la par con la imposición del nuevo credo cristiano, pues sus dioses se adaptaron al Dios de los peninsulares con sus instituciones (el rezo, la misa con toda su parafernalia, las procesiones y los funerales); ellos combinaron sus ingredientes culturales con la ideología impuesta y frecuentemente utilizaban la religión extraña a ellos para preservar la vida y la etnia. El mejor homenaje a los dioses de sus ancestros era la conservación y reproducción de su ser, no obstante, a pesar de todos los esfuerzos para defender sus vidas, muchos sucumbieron porque sus organismos no tenían los mecanismos para contrarrestar los efectos devastadores de las enfermedades de su nuevo hábitat, a las cuales se unieron las que ellos trajeron consigo como la viruela, el pián y la lepra.

La fusión entre lo africano, lo indígena y lo europeo

Algunos antropólogos de nuestro medio aseguran que el negro era rebelde y las Leyes de Indias no lo protegían, mientras que el indio sí era defendido por dichas leyes y por el clero católico, por esto ayudaba a los amos españoles sirviéndoles de guías durante la Conquista y la Colonia. Debido a la escasez de

aborígenes por el exterminio (guerras definitivas, caso de los Aztecas), la sumisión (chibchas) y las nuevas enfermedades, estos tuvieron la oportunidad de sacar provecho de algunos privilegios concedidos por la corona española, que hicieron que las relaciones entre negros e indígenas fueran poco cordiales y conflictivas. Un ejemplo de esta situación tiene que ver con la procreación: el negro sólo podía tener hijos con una negra y las demás relaciones estaban vetadas; con una blanca estaba totalmente prohibido y si tenía relaciones con una india, se le sometía a castigos. Así los cruces inicialmente no eran posibles, pero más adelante, podían cruzarse con mulatas o mestizas. Debe quedar claro que al demorarse la llegada de mujeres blancas de Europa, el varón ibérico tomaba para su satisfacción a las indígenas y a las negras, entonces el cruce se daba de esa manera: el blanco con las demás mujeres.

Los aportes en lo musical

Aquiles Escalante, estudioso de la cultura africana en nuestro medio; el musicólogo, folclorista y escritor Manuel Zapata Olivilla, y el profesor Rosni Portaccio Fontalvo coinciden en señalar que los instrumentos de percusión africana, los de viento de origen indígena y los de cuerda europeos contribuyeron a la formación musical de ese conjunto genérico que se denomina lo "caribeño". Tomaron de cada uno lo suyo; así, de los aborígenes, el llamador, la guacharaca, el güiro, el fotuto, la flauta dulce, las flautas de calabaza, la flauta de millo. De los africanos, la tambora, el tambor, la caja, los timbales, el bongó, el cencerro, las claves, etc. Los españoles aportaron al área cultural del mar Caribe, el tiple, la guitarra, la pandereta, las castañuelas, la lira, el arpa, el violín, las vihuelas, y, al final de la Colonia, la pianola y el piano. El fenómeno del acordeón se fija en los comienzos del siglo XX procedente de Alemania.

Hablar de música hispanoamericana, específicamente de la llamada afrocaribe, es referirse al encuentro de

tres culturas: la europea (en especial la peninsular), la negra y la aborigen.

La cultura en México

Las artes y lo popular

Las artes y las expresiones de lo popular no estuvieron ausentes en los gestos de la Independencia de México, en las guerras internas y fratricidas, en las traiciones de López de Santa Anna, en el proceso de la Reforma, en la instauración del Imperio por parte de Austria, Francia y sus aliados, los conservadores, cuando el apoyo oficial posibilitó el surgimiento de movimientos artísticos con presencia significativa de las manifestaciones populares.

El Emperador Maximiliano I y Doña Carlota hicieron que México superara los arcaísmos de las tradiciones conservadoras y volcara su creatividad a la producción de una nación modernista: esto buscaba romper con las influencias hereditarias del pasado ancestral. Como propuesta musical, surgieron los instrumentos de cuerda: violines, contrabajos, guitarrones, y se retomaron la guitarra, la vihuela y el tiple. El mayor aporte por influencia indirecta ha sido el "mariachi", palabra compuesta de voces francesas, que significa unión, permanencia, matrimonio. El mariachi ingresó con el tiempo por la puerta grande en la idiosincrasia del pueblo; decir México es decir mariachi y es hablar de la legendaria bebida extraída del maguey, el tequila.

Al mariachi se le unió la inmensa riqueza del romancero español y francés, con asombrosos resultados en la exploración y explotación del sentimiento popular de

la vida cotidiana; gracias a la comunicación oral los pobladores de las diferentes regiones que estaban separados por la distancia, tuvieron en el corrido su mejor vehículo para la transmisión de mensajes y noticias de un pueblo a otro y en el interior de cada uno. Los “trovadores” eran improvisados, pero eficaces y poco a poco llegaron a ser conocedores empíricos de la literatura tradicional. Con el tiempo, el corrido fue aceptado por amplias masas e ingresa al cancionero popular con una marcada puntuación del machismo: los valentones y las conductas colectivas con sus tragedias, desgracias, recuerdos, romances y mañanitas.

Rafael Castro H. en la obra *Colombia y México, más cerca que distantes*, define y describe al corrido así:

“El corrido, como un género lírico-musical, con cierta influencia del romancero español y del francés, es, a su vez, canto épico, narración de los acontecimientos de guerras, de héroes y heroínas, amores, odios y venganzas, descripciones de la vida cotidiana de distintas regiones, no solo de Jalisco y sus Estados vecinos; y ha trascendido los simples versos hasta llegar a convertirse en un género literario de alguna importancia.

Por tanto, el corrido no comercializado guarda pureza y autenticidad en sus raíces históricas propias, en sus orígenes desde las gestas heroicas de la Independencia, adquiere importancia en las guerras civiles de la Reforma y en la gran epopeya de la expulsión a los invasores franceses; su

mayoría de edad la adquiere en los años dorados de la Revolución contra el porfirismo y en las posteriores revoluciones para afianzar las bases de la democracia burguesa, como las de Orozco, Carranza, Villa y Zapata. En el reparto de las tierras, en esta etapa, el corrido es producto de lo popular y, en su esencia, conserva su naturalidad y su frescura en las coplas, los versos y los cantares, además de su comportamiento jacarandoso”.

El nacionalismo cultural

José de Vasconcelos, pensador y filósofo mexicano de la primera mitad del siglo XX, sobrealora lo indígena y lo criollo y los lleva a la categoría de “raza cósmica”: “Por mi raza hablará el espíritu”. También su preocupación se centra en la patria: “Sabemos expresarnos con sinceridad, la Patria ha de comprender por dónde va su porvenir”. Heriberto Frías seguía los mismos rumbos en la búsqueda del reencuentro con lo indígena. Hablar de la cultura y la Ilustración mexicana es mencionar a Porfirio Díaz. Alfonso Reyes así lo reconocía:

“Al frente de México, casi como delegado divino, Porfirio Díaz... Don Porfirio, que era, para la ganancia adulta de entonces, una norma del pensamiento solo comparable a las nociones del tiempo y del espacio, algo como una categoría kantiana. Atlas que sostenía a la República, hasta sus antiguos adversarios perdonaban en él al enemigo humano, por lo útil que era, para la paz de todos, ni transfiguración mitológica”.

Para muchos, Porfirio Díaz era el dictador, pero también el patriarca, salvador de la patria y constructor de la República en los años difíciles del siglo XIX.

El destino de México ha ocupado el tiempo de los más connotados pensadores. Antonio Caso sostenía: “México necesita poseer tres virtudes cardinales para llegar a ser un pueblo fuerte: riqueza, justicia e Ilustración. Volved los ojos al suelo de México, a nuestras costumbres y

nuestras tradiciones, a nuestras esperanzas y a nuestros anhelos, a lo que somos en verdad”.

Frente a todo esto, a comienzos del siglo XX, la elite política e intelectual, los grupos científicos, los círculos literarios, todos a una se dieron a la búsqueda de una construcción de la nacionalidad; llegó la novela histórica y el nuevo país se abrió al nacionalismo cultural que, sin abandonar las influencias del modernismo francés y español, exploraba nuevas posibilidades. José de Vasconcelos como rector de la UNAM y luego como Secretario Federal de la Educación Nacional, decía: “No vengo a trabajar por la Universidad, sino a partir de la Universidad”, para disminuir el analfabetismo, dar impulso a las escuelas rurales, pues educar es establecer vínculos nacionales.

Esta posición sufre alteraciones en las propuestas del arte popular comprometido. El muralismo, por ejemplo, trató de transmitir el espíritu mexicano: “Por mi raza, hablará el espíritu”, ¿cuál?, el de la raza cósmica. Se cae entonces en el mesianismo popular; la mitología y la mitomanía como creencias para la exaltación del pueblo en su lucha revolucionaria, cuando, por el contrario, hubo represión y corrupción, una sociedad injusta y una insurrección permanente, en contravía de la de Vasconcelos: “Recobrar moralmente a México, apuntalar la dimensión ética que contradiga a las burlas homicidas de tiranuelos y caciques”.

La poesía, la literatura y las artes plásticas intentan evitar la confusión entre cultura proletaria y cultura de la revolución; en definitiva, según Carlos Monsiváis: “La vuelta a lo mexicano no ha dejado de ser un viaje de ida, sin retorno”, para reafirmar que el nacionalismo cultural no cumplió con sus objetivos, pues todo quedó desfigurado. En el cine mexicano, sin ser imperialista, el mensaje mostraba, con sus nociones visuales, un modo de vida, el exagerado papel varonil y su sello de brusquedad, la pobreza llevada con dignidad y la honradez como cualidades exclusivas de los pobres.

El melodrama hizo perder la calidad de los argumentos: llanto y alegría en las vecindades, las pobrecitas cabareteras explotadas por la organización de malévolos y los sinónimos de prostituta, en su doble papel de enemiga y salvadora de la familia; es el cine comercial el que caracteriza la revolución y sus conquistas sociales, además del nacionalismo. Según Rafael Castro, “La mentira visual de lo bonito”, con su fantasía, héroes y heroínas, triunfadores y fracasados, buenos y malos, con su música, cantos, danzas y costumbres, todo ello, contribuyó a una imagen desdibujada del ciudadano común mexicano, a la pérdida de su nacionalidad, la que se convierte por tanta insistencia en la pérdida de su identidad y llega a la imagen del México turístico”.

De la hecatombe se salvan Silvestre Revueltas, genial compositor que logra integrar lo popular con lo clásico y lo moderno, un auténtico revolucionario en la música de su país; José Alfredo Jiménez, de quien nadie imaginó que, siendo un desconocido bohemio de desorganizada vida personal se convertiría en el ícono de, inclusive, intelectuales y académicos; y Agustín Lara, otra de las excepciones.

En este orden de ideas y como consecuencia del contexto histórico, lo cultural es un reflejo de los acontecimientos; frente a la desviación del nacionalismo cultural, específicamente en lo musical, México ganó espacios a costa de su autenticidad; así su bolero, que se diferencia del cubano y del puertorriqueño, es una propuesta

innovadora que logra de alguna manera sus cometidos.

Cuba: caso extraordinario

Barranquilla tuvo un amplio movimiento comercial e industrial desde los años en los cuales ingenieros cubanos irrumpieron e intervinieron en el futuro de la ciudad al construir, bajo la dirección del ingeniero Francisco Javier Cisneros, obras como: el muelle de Puerto Colombia, las bases sólidas del muelle para el transporte fluvial y una buena cantidad de rutas, ferrocarriles, túneles y carreteras que conectaban directa o indirectamente con nuestra ciudad.

El ingeniero cubano, que tantas obras materiales dejó a la ciudad como herencia, era a la vez un talentoso poeta y un divulgador de la música popular de su país; también lo eran sus colegas y colaboradores inmediatos, quienes llevaban en su vena lo musical. El mismo Cisneros, en nuestro medio, demostró ser un patriota que sentía la necesidad de la independencia cubana de España y reclutaba jóvenes colombianos para engrosar las tropas libertarias. Cuba, en muchos aspectos, hace parte sustantiva de la historia colombiana, en la música, las artes, en las religiones de origen africano, en la idiosincrasia; esto quedó demostrado en el proceso independentista de la isla grande.

La historia se repitió cuando jóvenes colombianos se trasladaron a Sierra Maestra (en esta ocasión, pocos) con el ánimo de luchar contra la tiranía de Fulgencio Batista y, después, defender la revolución castrista del nuevo imperio,

cuando este propició la invasión a Bahía Cochinos, que resultó un fracaso. De nuevo, se mostró el afecto del pueblo colombiano hacia el cubano. Alejandro Gómez, joven estudiante de Derecho de la Universidad Libre de Bogotá, compuso una canción que prácticamente fue otro himno, con el sugestivo nombre de “Cuba sí, yankis no”.

La historia se remonta a la preocupación de Simón Bolívar en el Congreso de Panamá (1825), con el llamado a luchar por la independencia de Cuba.

Los gobiernos de Estados Unidos vieron la importancia del caso, y fue así como el presidente Buchanan, en 1861, ofreció a España comprar la isla para anexarla a su territorio y su bandera con el subsiguiente rechazo de la misma España y de los primeros patriotas que aspiraban a la independencia.

Mientras que en La Habana en los salones de baile y las fiestas familiares se danzaba con las habaneras y los primeros sones, empezaba la Guerra Chiquita, liderada por Narciso López, Carlos Manuel de Céspedes y la rebelión de los “mambises” en el oriente cubano. El primer intento partió en 1868 con el grito de Yara y culminó con la derrota de los sublevados y los consiguientes fusilamientos, en 1878. Hubo una relativa calma y los españoles siguieron siendo dueños de los cañaverales, las zafras, los ingenios, la producción del tabaco, la pesca y la explotación de níquel, cobre, manganeso y cobalto. Los criollos, derrotados, continuaron reorganizándose y así se reanudó la lucha en 1875, con el liderazgo de José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez. En pleno proceso de Independencia se ubica la época de la creación musical que tanto influyó en el continente y buena parte del mundo occidental: los sones, los danzones y, por supuesto, el bolero. En medio de los aires musicales innovadores, Estados Unidos nunca ocultó su interés por apoderarse de la isla grande, y prueba de ello es que envió el navío de guerra “Maine” para que se fondeara en actitud

provocadora frente a la bahía de La Habana. Sin embargo, el son no se fue de Cuba, pues, en medio del intervencionismo de USA y las dictaduras que debieron soportar; la música siguió siendo la esencia del ser y de la personalidad del pueblo cubano.

A la “Guerra Grande” era a la que el Ingeniero Cisneros invitaba a los jóvenes colombianos para ayudar al proceso de independencia, que a la larga se obtiene a cambio de ceder los terrenos en donde se construyó la base militar de Guantánamo, y de aceptar la Enmienda Platt, que justificaba la intervención de Washington en los asuntos del país.

Medio siglo después un grupo de jóvenes rebeldes se tomó el cuartel del Ejército en Santiago al oriente de la isla, el 26 de julio de 1953, en plenas fiestas patronales y carnavalescas de la ciudad; fue el estallido de una revolución social que triunfó el 1° de enero de 1959. No se trata en ningún momento de estar de acuerdo o en desacuerdo con ella, sino de reconocer su impacto en el hemisferio occidental y, en especial, en el continente americano.

Muchos intelectuales y personas dedicadas a la cultura, la música y el canto, dejaron el suelo patrio y se radicaron en su mayoría en La Florida y New York, para continuar sus vidas artísticas; otros se quedaron, porque consideraron un deber permanecer y producir, y en medio de la confusión y los conflictos originados por los bruscos cambios, precisamente, fueron los abanderados de la Nueva Trova: Silvio Rodríguez y Pablo Milanés.

Así, viejos y jóvenes siguieron en la producción musical, y el bolero, como género, ha vuelto a renacer, contra todas las opiniones adversas de personas que tomaron la decisión de ir por otros rumbos en la búsqueda de nuevos destinos y bienestar; el son no abandonó a Cuba, se quedó y se enriqueció. Los colombianos, y otra gente latinoamericana, ganaron,

al gozar de la música de los cubanos de EE.UU. y de los cubanos de la isla: la música y las artes no tienen ideología ni color político.

En la costa Atlántica varias generaciones crecieron con la influencia cubana., pues los textos de álgebra, literatura, geometría, anatomía, medicina, química y física para el bachillerato, se editaban en las imprentas cubanas de autores isleños o de otras nacionalidades. En la Costa Atlántica se escuchaban a la vez las emisoras de La Habana, Cienfuegos, Santiago (como Radio Progreso y la Emisora CMQ) y se estaba al tanto de lo que allí ocurría, incluidas las picantes y divertidas notas publicitarias.

Sin perder el sentimiento nacionalista, el joven costeño colombiano creció con la presencia e influencia de las “perversas”, “malévolas”, y “machistas” películas mexicanas, con sus cantos de rancheras y corridos, y a la vez dio rienda suelta a la diversión con orquestas y conjuntos de la talla de Casino de la Playa, Orquesta Aragón, Pérez Prado, La Sonora Matancera y muchas más, demostrando de esta manera que el Caribe es uno solo, con diversos matices; somos, dirían los entusiastas defensores de esta tesis, el ser excepcional, que nació y creció en el Caribe con todo su realismo mágico.

En este orden de ideas no debió hacer mayores esfuerzos el Ingeniero Cisneros para convencer a los jóvenes costeños para que fueran a pelear por su patria, el Caribe.

Acuarelas cotidianas colombianas

Contrastes

Colombia en el siglo XIX no escapaba de la realidad de estar encerrada en una compleja geografía de mares, ríos, llanuras, selvas y montañas que dificultaba tanto la comunicación entre sus habitantes como la influencia mutua entre ellos. Era (y en gran parte lo es hoy) a la vez varias naciones que evolucionaron respaldadas por familias distinguidas de los diferentes feudos esparcidos por todo el territorio, que se enfrentaban entre ellos en guerras por defender mezquinos intereses.

A las batallas iba la pobrecía reclutada a la fuerza sin que conociera los motivos de los enfrentamientos. Era “carne de cañón” bendecida por los sacerdotes, para que en caso de muerte salvara su alma y llegara glorificada a la eternidad, precedida eso sí, por la imagen de la Virgen del Rosario (de la antigua provincia de Ramiriquí), conocida como “La Virgen de Chiquinquirá”, y por la Banda Musical de Guerra, la cual interpretaba estimulantes pasillos y bambucos para animar a la soldadesca.

Mientras en los salones y en calles de la pequeña Bogotá (al final del siglo XIX, en tamaño, era la cuarta ciudad del país) los políticos de la Regeneración intentaban mediante la ortodoxia convencer a los llamados gramáticos y a los diletantes de asumir posiciones más consecuentes para evitar la disolución de la República. En esos días la lúdica se daba en el espacio público: las calles se engalanaban

con orquestas de quince a veinte hombres, frente a los balcones, durante la tradicional serenata heredada de los españoles.

El típico “cachaco” se caracterizaba a finales del siglo XIX por estar perfectamente vestido y llevar sombrero y paraguas; las damas, al salir a pasear por las calles, no se quedaban atrás. Había una preocupación permanente por el bien hablar y se aplicaban con rigurosidad las reglas de la gramática en el chiste, la ocurrencia, las décimas y en los poemas de buen tono. Los hombres se mostraban alegres, dicharacheros, comunicativos, pero a la vez soberbios mientras a las mujeres se las preparaba para que tocaran bien el piano, el violín o cualquier otro instrumento de su clase social. Todo este paisaje cultural hizo que se calificara a Bogotá, como la “Atenas de Suramérica”. En el resto del país se trabajaba en el azúcar, el café, el banano, el cacao, el añil, el guano, los nitratos, la quina y el algodón. Entonces, las guerras y la producción contrastaban con la vida fácil de las clases altas en los centros urbanos, donde era posible la repetición poco creativa en las artes, con escasos intentos de innovación, como es el caso, por ejemplo, de José Asunción Silva.

De las llamadas clases bajas es poco lo que se conoce acerca de sus actividades recreativas. En los centros de cimarrones, palenques y Altos del Rosario, las negritudes enriquecieron para sí mismas sus expresiones folclóricas; su recuperación, a partir de la mitad del siglo XIX, fue en un principio lenta, pero en el siglo XX, con los trabajos realizados entre otros, por Manuel y Delia Zapata Olivella y Totó “La Momposina”, entre otros, se ha recuperado la inmensa riqueza de los pueblos olvidados de la región caribe. No obstante, faltan más estudios al respecto.

La gastronomía como identidad cultural

El chocolate es un producto del trópico y lo cultivaban los aborígenes antes del período hispánico; por su alto valor alimenticio, se convirtió en un

excelente alimento que se propagó a nivel mundial. En el caso colombiano, esta bebida caliente daba distinción a la élite santafereña que la saboreaba en las tertulias, con bizcochuelos, mojicones, tortas, rosquetes, empanadas, pasteles, rosquillas, arepas, panderos, almojábanas, mantecadas y buñuelos; se podría hacer una comparación con la hora inglesa del té, pues la costumbre de “las onces” marcó la pauta en las reuniones vespertinas y en las ocasiones especiales. El chocolate caliente llegó a ser también parte sustantiva de la alimentación en las tierras del altiplano, especialmente en el desayuno. Las tertulias no estaban acompañadas de música, pero, en sesiones solemnes, ésta las alegraba y, en vez del chocolate, tomaban su lugar los brandys y los vinos franceses, que captaban la atención de los asistentes.

En los sectores poblacionales populares, el chocolate sólo cumplía una función alimenticia, pues en las reuniones sociales de los altiplanos se saboreaba más bien la chicha, y en los climas cálidos, el aguardiente de fabricación casera. También, a diferencia de las élites, estas clases consumían papa, amaranto, maní, coca, fríjol, y frutas como guayaba, chirimoya, guanábana, piña, papaya, aguacate y mangos. En los altiplanos se servían ajiacos, mazamorras, envueltos, tamales, bollos, papa y otros tubérculos, además del maíz.

En el Caribe, predominaban los platos a base de coco (como el arroz con coco), la sopa de mondongo, el sancocho de pescado (de mar o de río), la carne salada, las mojarras ahumadas, el enyucado, los dulces de frutas, la versión regional de los tamales (pasteles o hayacas), las exquisiteces navideñas y, por último, el arroz de fríjoles de cabecita negra.

Paisajes culturales

Frederic Church célebre pintor de la mitad del siglo XIX, inglés de nacimiento y aventurero del mundo, pisó las tierras caribeñas del país y narró sus experiencias a través del pincel y la fluidez de su pluma: De sus crónicas se extraen estas experiencias: “El burdel

se convirtió en sitio importante de la sociabilidad masculina, en él no se hacían tratos sexuales, sino que también era el refugio de los bohemios, intelectuales y marginales que buscaban nuevos espacios, libres del rápido control social que las costumbres y la moral católica trataban de imponer en los centros urbanos”.

En otro de sus textos dice: “Entre las cosas que le impresionan particularmente está la pequeña estatura de los burros y la forma exagerada en que son aprovechados como bestias de carga: Eran unas seis personas, el Capitán y su guía, requiriendo ocho caballos y un burro como del tamaño de un perro grande para cargar unas cuantas piezas de nuestro equipaje”.

“Vimos mucha gente, hombres, mujeres y niños montados en pequeños burros completamente sepultados bajo canastos y bultos. Asomaban visibles sus orejas y sus patas con dos gigantescos bultos—uno de cada lado— llenos de naranjas, y una corpulenta señora suspendida en forma inexplicable”.

A su paso por Barranquilla, anotaba: “Han sido muy amables con nosotros y se han esforzado por mostrarnos cuanto nos haya podido interesar. Los habitantes haraganean la parte caliente del día, y efectivamente casi todo el día”.

Barranquilla y sus carnavales

La palabra Barranquilla viene del quiebre profundo que hacen en la tierra las corrientes de las aguas, pero también significa “precipicio” o “despeñadero”.

Estos nombres, que datan de los años en que Frederick Church hizo su estancia por estos lugares, coincidieron con otros acontecimientos de la pequeña Villa como: la construcción de las primeras pilas del acueducto y la formulación, en las décadas del sesenta y setenta del siglo XIX, de varios proyectos arquitectónicos: el cementerio nuevo (una vez construido se llamó Universal), el hospital de la ciudad y la Iglesia del Rosario, éstos últimos bendecidos por el obispo de Cartagena, Eugenio Biffi, el 11 de febrero de 1894.

La Villa de Barranquilla vivía un interesante crecimiento con la prolongación del ferrocarril y la construcción del gran muelle en 1888 por el Ingeniero Francisco Javier Cisneros quien a su vez bautizó el lugar como Puerto Colombia. Ya habían sido fundadas Sabanilla y el Castillo de Salgar, en 1849, para que allí funcionara la aduana. La ciudad florecía al terminar el siglo XIX y empezar el XX; el paraje olvidado, convertido en parada de los viajeros que iban de Cartagena a Santa Marta o de gente procedente de Galapa y sitios vecinos, era por los años del cronista Church el lugar escogido de gente libre: artesanos, y comerciantes que poseían salones de danzas y dramas; también era sede de logias masónicas de librepensadores, de espíritus artísticos, mezclados con traficantes, contrabandistas, agiotistas, etc. En realidad, el despegue de la ciudad comienza a mediados del siglo XIX, con la inauguración del ferrocarril de Sabanilla en 1871.

No hay documentos que mencionen aspectos de las actividades lúdicas, de

diversión y recreación, aunque sí, informaciones fragmentadas acerca de las fiestas de los carnavales y la formación de las primeras danzas, que años más tarde se harían famosas, como la del Toro Grande y la del torito, la del Congo, etc.

El padre Pedro Manuel Revollo, en su obra *La historia del Atlántico*, dice: “Lo que ocurría periódico y anual era el salón de baile de tercera clase en el carnaval; en medio de la plaza se construía una gran ramada, adornada con colgarejos de color de un estantillo a otro, que por su parecido con el corral destinado a los burros que había cerca del mercado público o por su condición de inferioridad era llamado el Salón burrero. Al lado se construía un alto tablado rústico, o a lo menos un palenque, para la banda de músicos, llamada despectivamente (la papayera), salón que según los clasistas estaba destinado para la gleba, tres salones de baile, el de primera, de lujo y de la plebe”.

Cuatro décadas después, los carnavales se han ido masificando para llegar a ser parte sustantiva de los barranquilleros. Alfredo de la Espriella, el historiador costumbrista de la ciudad, se refiere así a estas festividades:

“En el año 2003 se conmemoró y se celebraron los ‘cien años de la Batalla de las flores’, parte sustantiva de los carnavales, que ya existían desde la década de los sesenta del siglo XIX. En 1903 se firmó la “Paz de Wisconsin” que ponía fin a la llamada “Guerra de los Mil Días”, entre liberales (derrotados militarmente en los campos de batalla) y los conservadores victoriosos que garantizaban la hegemonía conservadora.

Barranquilla no sufrió los horrores de la confrontación bélica, pero quiso contribuir a las expectativas de una paz duradera introduciendo en sus fiestas, la llamada Batalla de las flores; en vez de plomo, el combate era de serpentinas, confetis, flores y perfumes, acompañados de disfraces, danzas, comedias, guachernas, cumbiambas, llenos

completos en los salones burreros, los fandangos, comparsas, las comedias, los bailes populares, y los sancochos en las casas para quitar el 'guayabo'".

Las fiestas carnestoléndicas estaban precedidas por la lectura del bando; los fines de semana se tenía la costumbre de asaltar las residencias. El historiador Alfredo de la Espriella describe esta actividad de la siguiente manera:

"Asaltar residencias de personajes de la ciudad, a quienes nombraban padrinos entregándoles sus símbolos, machetes, sombreros y espadas, capas y borlas, banderas y collares a aquellas prestantes familias que muy honradas por estas manifestaciones espontáneas del pueblo cordial y generoso, los atendían con un sancocho bien sabroso servido en la cola del patio, rociado por supuesto de rones y anisetes, compartiendo así un día de afecto y amistad, prevaleciendo la convivencia sin pretensiones de clase ni de rango".

Los carnavales fueron declarados por la UNESCO-ONU patrimonio inmaterial, oral e intangible de la humanidad. Este es un título que honra al barranquillero sin importar el estrato ni el abolengo, es por eso que la jerarquía de la iglesia católica¹ se pronunció frente a los carnavales satisfactoriamente en los términos siguientes:

"El carnaval tiene aspectos importantes que yo he subrayado desde que llegué a Barranquilla. En las respuestas anteriores se ha subrayado su inmenso valor cultural, pero el carnaval contiene además muchos otros valores importantes. El carnaval es una expresión que une a todos sin ninguna distinción: ricos y pobres, sabios e ignorantes... la ciudad y toda la costa viven estos días momentos de intensa fraternidad.

La música, las comparsas, los bailes llenan de luz y sonido hasta los rincones más tristes y lúgubres de nuestra sociedad.

Se está viviendo una experiencia que podría abrirnos caminos para un futuro mejor, ¡qué bueno que fuéramos capaces de permanecer unidos para enfrentar juntos los retos que nos plantea la situación actual; ¡Qué bueno que pudiéramos dejar atrás todo lo que nos divide y buscar lo que nos une para que renazca la esperanza de la paz! Si logramos esto, estamos devolviendo al carnaval su espíritu más profundo. Lo estamos haciendo un maravilloso ejercicio colectivo de fraternidad, de solidaridad, de búsqueda del bien común, a partir de todo aquello que hace de nosotros un solo pueblo. Y estoy seguro de que en la medida en que esto se logre, vamos a quitar esas manchas que a veces enlodan la cara del carnaval: las manchas del exceso de alcohol, del desenfreno... Los católicos tenemos que luchar por rescatar el estupendo auténtico rostro del carnaval.

El carnaval se convierte en un auténtico reto personal para cada uno de nosotros. La forma como lo vivimos expresa lo que llevamos en lo profundo del corazón.

El pueblo costeño es muy noble, está adornado de grandes cualidades que lo hacen sobresalir en el concierto nacional. ¡Hagamos de este carnaval una auténtica expresión de lo más noble y más hermoso de nuestros corazones!"

G

¹ Monseñor Rubén Salazar Gómez, Arzobispo de la Arquidiócesis de Barranquilla. *El Heraldillo*, sábado 1 de marzo de 2003.